

# Visitante en la Ventana

Celeri Pulsatio

Categoría C

5º Secundaria

Modalidad: Cuento

El corredor larguísimo inundado en alcohol etílico, cerámicos en antaño azules ahora blanquecinos. Sillas de metal con los asientos gastados aumentándole notas tétricas al ambiente con más plegarias que las iglesias.

La andadura interminable cesó. Abro la penúltima puerta del ala norte; la madera cruje al contacto leve de mis dedos; la perilla girar es el único sonido, además de una conversación apagada, que se oye en este lugar.

La habitación limpiísima con ese característico efluvio de una vida que se niega a languidecer. Los ventanales aunque cerrados propician un aire frío. Su mano, conectada aun a la vía, busca a la mía. Su cabeza descansa sobre una finísima almohada, casi ridícula. Aun en ese estado enervante, sonreía. Y sonreíamos juntas.

Su rostro, heladísimo al tacto tiene más calidez que aquellas falsas condolencias que la familia recibe desde que se dio a conocer su condición. Las horas parecían interminables, mas encontraba deleite en esos momentos con ella. Ese día, me dijo tenía frío.

La suavísima manta yacía cubriendo su delgado cuerpo, casi tan descolorida como los azulejos de su habitación. Me pide acomodarla y coloque otra almohada bajo su cabeza; siente frío pero las ventanas están cerradas. Entonces me acerco y, al levantarla, veo aquel líquido viscoso correr entre sus piernas varicosas. No gotea, no. Chorrea lentamente hacia el piso. Le sonrío. Ya no tendrás más frío, le digo.

Ella no era mujer de lujos exuberantes, pero eran sus pequeños detalles conmigo los que me hacían sentir mucho más afortunada que aquellos niños ricos, con juguetes extranjeros. Todos los días iba a verla y siempre la encontraba en el jardín de su casa, con una sonrisa aguardando la mía. Me daba toda la atención, cariño y paz que mi alma anhelaba. Me gustaba ponerle flores en el cabello, de todos colores y tamaños; le decía *mi muñeca*. No le gustaba hablar de su boda o de su marido, pero yo le decía que debía haberse visto como la novia más bella en ese día.

Siempre me gustaron los pajaritos y en su jardín nunca faltaban los petirrojos. Se encontraban muchas más aves aunque eran sólo esos los que nos gustaban. Le contaba de mi anhelo de tener una avecilla para cuidar de ella y cómo mis padres se negaban a ese pequeño placer. La siguiente vez que volví a su casa, me esperaba con un canario amarillo; es tuyo, me dijo. Había caído en uno de los matorrales del jardín y necesitaba cuidados para sobrevivir.

Era por cosas como esas que no me molestaba carecer de posesiones que mis compañeros en la escuela tenían de sobra. Le gustaba cuando trenzaba su cabello, contarme

historias de sus padres o su niñez. Escuchar mis preocupaciones y alegrías. Estar ahí para mí tanto o más como lo estaba yo para ella.

Visitarla dejó de ser emocionante, se tornó rutinario. Tenía mayores inquietudes y nuevos intereses; ya no existía tiempo para cuidar de avecillas. Lo que nunca cambió fue mi gran amor por ella. Era mi madre a pesar de no serlo y la única persona que jamás me había fallado. Un día, lo hizo.

Llegó un tiempo, cuando ella ya no lograba hacer las cosas por su cuenta. Creímos era por su edad; le diagnosticaron cáncer. Sabía la gravedad de esa palabra aunque me aferraba a la idea de una nueva esperanza provista por la ciencia. Fue llevada a ese hospital y con ella, mi alegría se fue también.

La visitaba cada lunes, miércoles y viernes, sin falta. Debo admitir, si la condición de ese hospital hubiese sido más cálida y los métodos de detección del cáncer más efectivos en mi país, mi querida se habría quedado conmigo cuando más la necesité. No me incluían en las conversaciones sobre su salud, tal vez por mi edad o falta de consideración. Para lo que a mi concierne, yo era aquella quien la tenía en lo más alto de sus afectos; merecía saber lo que podía ocurrirle, aunque doliera.

Estando en una mecedora, ahora en mi propio jardín, le cuento a mi pequeña hija sobre la mujer de mi vida y sus almendrados ojos se llenan de lágrimas. Me reprocha no haberlas presentado, ya que a ella también le gustaría haber jugado con su cabello o cuidado de avecillas en su compañía. No he llegado a contarle el final de la historia; no está lista. Es reconfortante que mi princesa crea que aún vive y, de cierto modo es así. Vive, de alguna forma, en ella.

Fui a visitarla un miércoles, recuerdo. Salí con el corazón en la lengua, buscando a los doctores. Ellos sabrían qué hacer con ella; cómo quitarle el *frío*. Enfermeras se apresuraron a la penúltima habitación del ala norte. Sacaron su camilla por la vieja puerta de madera crujiente. Ella me miró; no entendía el alboroto innecesario por *sentir frío*. La abracé fuerte y besando su frente le dije, “Nos veremos pronto, todo estará bien.” Ese día le mentí por primera vez; ella me falló por primera y única vez.

Regresé a su habitación. Contemplo un visitante en la ventana, un bello petirrojo. No puedo evitar que lágrimas desesperadas emanen de mi cara y chorreen hacia el piso como hace pocos minutos lo hizo su sangre. Ese día se fue mi muñeca, mi avecilla, mi alegría. Aun la necesitaba cuando me dejó y desde ese momento me llevé aquella imagen del petirrojo conmigo.

Todos los fragmentos se han juntado, la historia se ha terminado. Mi pequeña posee la misma edad que tuve la última vez que la vi. Conoce ahora el porqué de mi arraigo a las avecillas; su nombre y apellido. Si bien nacieron en épocas distintas, la nobleza de corazón de ambas es una bienvenida coincidencia; tenerla es como aun tenerla a ella.

Esta noche hay un visitante en mi ventana, una pequeña avecilla de caminar tímido y vivaces ojos. Observándome me invita a acercarme a ella para después volar lejos de mi mirada. Sé que sigues conmigo; no me has fallado. Has estado aquí siempre, lo sé con seguridad. Tus vivaces y tiernos ojos, tu color preferido, tu delicadeza y suave trino. Inconfundible. Eres tú y siempre has sido, el visitante en mi ventana.